

## RECENSIONES

MANUEL PIEDRAHITA: *El desarme imposible*, Biblioteca Cultural RTVE, Editorial Prensa Española y Magisterio Español, S. A., Madrid, 1975, 155 pp.

Evidentemente, como se ha afirmado en múltiples ocasiones, la tarea más importante con la que nos enfrentamos actualmente, dentro del contexto de las relaciones internacionales, es la de encontrar los medios adecuados y eficaces para detener la carrera de armamentos y eliminar el peligro de una posible guerra nuclear. Esto, como ha dicho un célebre autor (nos estamos refiriendo al doctor Donald G. Brennan), no es algo que parezca hacedero con seguridad mediante acciones unilaterales adoptadas por los aliados occidentales, y es dudoso que los gobernantes soviéticos lleguen a considerar el desarme unilateral como una salida a la que puedan lanzarse con seguridad. Guste o no guste, las naciones del mundo deben hacer un esfuerzo sobrehumano, trabajando conjuntamente, para alcanzar unos acuerdos que lleven a algún sistema racional de seguridad mundial.

Antes de proseguir y de profundizar en el libro que nos ofrece Manuel Piedrahita, prestigioso periodista y comentarista de TVE—especializado en la disciplina de la política internacional—, creo que debemos subrayar que, se quiera o no, estamos en presencia de una de esas cuestiones—viejas cuestiones—que, a falta de otras cualidades, mantiene una constante y flexible vigencia. No deja de ser curioso, en todo caso, que en unas épocas tanto la atención como la indiferencia hacia el tema se acentúe o distancie. A nuestro parecer, la época en la que estamos inmersos es, tal vez por los grandes problemas que acongojan la existencia humana, un momento de indiferencia en torno del tema objeto del detenido análisis que se verifica en las páginas del libro al que nos venimos refiriendo. Libro, debemos indicarlo desde ya, realista, frío, radicalmente objetivo y sincero. Todavía podríamos decir algo más: es un libro, hartamente notoriamente lo revela su propio título, esencialmente pesimista—y la verdad es que, efectivamente, no faltan razones para sostener tal pesimismo.

El deseo casi más universal de la Humanidad es detener la aterradoramente aterradora carrera de armamentos y procurar con arreglo a la ley la seguridad, ahora tan en vano buscada desde los armamentos nucleares y los misiles balísticos. Mientras que la meta es evidente, la carrera no lo es; hasta ahora no ha sido posible para el Este y el Oeste ponerse de acuerdo sobre un desarme o un esfuerzo de limitación de armamentos aceptable por ambos.

En rigor debemos también de destacarlo inmediatamente; no se trata en el curso de las páginas que nos ofrece Manuel Piedrahita de trazar la trayectoria doctrinal del problema debatido, sino, por el contrario, de divul-

## RECENSIONES

gar lo que podríamos considerar sus aspectos históricos fundamentales. Insiste el autor, desde el pórtico mismo de su obra, que, en efecto, «el desarme siempre ha sido un camino difícil, inaccesible, irrealizable»... La idea de limitar los armamentos, mediante un convenio expreso, no ha sido fácil ni lo será. La aspiración de que se inviertan en el desarrollo material de la Humanidad las enormes sumas empleadas en el sostenimiento de industrias militares, no deja de ser una ilusión. La idea de la paz perpetua, hace tiempo que dejó de ser una esperanza. *La force prime le droit*, como muy bien se decía en el primer tercio de este siglo, cuando la Primera Guerra Mundial rompía todos los esquemas preconcebidos. Por aquel entonces, el prejuicio principal contra el desarme estaba en función del apogeo de una o varias potencias, empeñadas en frenar el rearme de los demás. Ese prejuicio se ha acrecentado con el paso de los años y en función, esta vez, del apogeo de poder de los supergrandes que lograron el arma atómica.

\* \* \*

No puede decirse, sin embargo—piensa el autor de las páginas que comentamos—, que el triunfo del buen sentido, de las normas permanentes de paz, de la limitación del armamento en una palabra, haya sido mínimo. Durante 1899 y 1907, toda Europa puso sus mejores esperanzas en La Haya. La capital holandesa era testigo mudo de los intentos de frenar la carrera de armamentos—pequeña comparada con la de hoy—que sirvió de prólogo a la Primera Guerra Mundial. Las esperanzas se desvanecieron, como tantas otras cosas, en aquella Europa que empezaba a despeñarse suavemente hacia la Gran Guerra.

Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, los esfuerzos de paz se redoblaron, pero siempre con parecidos resultados. Así, por ejemplo, la proporción en el número de navíos norteamericanos, británicos y japoneses, estipulado en la Conferencia Naval de Washington (1921-1922), permaneció en vigor sólo unos años. El artículo VIII del «Covenant» de la Liga de las Naciones, era suficientemente explícito: «El mantenimiento de la paz requiere la reducción de los armamentos nacionales al más bajo nivel, de acuerdo con la seguridad nacional». Estas palabras como las que entonces resonaban en toda Europa cuando ya se preveía la hecatombe, no tuvieron más éxito que el de aparecer en un documento muy prestigioso, pero de poca fuerza ejecutiva. Por una parte, Gran Bretaña, Países Escandinavos y Estados Unidos, argumentaban que el desarme podía producir seguridad; por otra, Francia, Bélgica y Países del Este de Europa querían dar prioridad a la seguridad nacional, como paso previo al desarme.

A juicio de Manuel Piedrahita la Conferencia Mundial del desarme de 1932 fue, en cierto modo, el último intento antes de que la Segunda Guerra Mundial hiciese añicos a toda Europa. La tempestad traería la esperada calma y ya el capítulo VIII de la Carta de las Naciones Unidas, proporcionaría aquella seguridad anhelada, y no lograda, previa a la guerra. Se trataba de la creación de un ejército mundial. Todos los miembros de la ONU estarían obligados a contribuir a ese ejército. El Consejo de Seguridad quedaba encargado de este nada fácil menester. Y con la creencia de que los Cinco

## RECENSIONES

Grandes cooperarían, se le dio completo control sobre el uso de esa especie de gendarme universal. Quedaba muy poco para que finalizase la luna de miel entre el Este y Oeste.

\* \* \*

La paz, señala el autor, no había apagado las viejas rencillas derivadas del forcejeo por la hegemonía. La falta de cooperación puso en el dique seco aquella idea. La URSS de Stalin no estaba interesada en un sistema colectivo de seguridad que, naturalmente, frenaría sus ambiciones de expansionismo mundial. Fue entonces cuando estalló la «guerra fría» y Occidente puso en práctica un sistema sustitutivo de seguridad para Europa: la OTAN.

Con la «guerra fría» en pleno apogeo, los miembros de la ONU que tan ilusionadamente habían ido a San Francisco en 1945, imitaron a la Liga de Naciones. Dejaron, pues, a un lado el tema del desarme y perdieron una ocasión única. Al mismo tiempo, aparecía en el horizonte un peligro que la propaganda había disimulado: El comunismo soviético. El ciudadano medio se preguntaba ¿pero no nos habían dicho que con la destrucción de Hitler, todos los problemas del mundo quedaban arreglados?

Había, efectivamente, desaparecido un hombre y una organización. Pero, en rigor, ese hombre y esa organización simplemente habían sido reemplazados por la fuerza de las sabias combinaciones químicas. Algo más poderoso y temible que el líder germano resultaban, como perfectamente se nos dice en estas páginas, los llamados *neutrones liberados*. La fecha histórica del descubrimiento, apunta Manuel Piedrahita, marcaba el paso de una era meramente especulativa a otra donde los pronósticos se concretaban con realidades. Desde entonces se podían profetizar todas las aplicaciones: Desde la producción de electricidad, gracias a la energía atómica, hasta la fabricación de una super-arma devastadora. La aplicación del descubrimiento de la fisión haría posible la liberación de energía de más de dos millones de veces superior a la que se libera con la combustión de un peso similar en carbón. Los partidarios del desarme, que por entonces no sabían, ni entendían, el lenguaje de los sabios, seguían con sus argumentos anti-armas convencionales...

Un físico húngaro —Leo Szilard— que había sido colaborador de Einstein, fue uno de los primeros en darse cuenta de las posibilidades destructivas del descubrimiento. Había huido tras las primeras persecuciones nazis, primero a Gran Bretaña y más tarde a Estados Unidos. Su obsesión por el arma potencial que ya se vislumbraba, le hizo ponerse en contacto con científicos aliados, proponiéndoles suspender toda publicación sobre la fisión nuclear.

El secreto irrumpía en la ciencia pura, hasta entonces libre como una mariposa. Muchos no comprendieron que la ciencia pura se convirtiese en un arma secreta. Posteriormente, cuando la inminencia de la guerra era el «leitmotiv» de las cancillerías, todos los países comenzaron a guardar en secreto lo relacionado con el átomo.

Estos «descubrimientos» dieron lugar, ciertamente, a tomar el tema con mayor seriedad. Seriedad que se ve reflejada en la celebración de toda una serie de conferencias, minuciosamente analizadas por el autor de este libro, y, sobre todo, por la firma de no pocos pactos que vienen a confirmar ese

## RECENSIONES

refrán popular de que, justamente, «el miedo guarda la viña». Vamos, consecuentemente, a realizar una referencia muy concreta —referencia obligada si es que queremos entender el mensaje que se nos comunica en este libro—, a saber: que en abril de 1974 se reanudaron en Ginebra las sesiones de la Conferencia del Desarme, tras varios meses de suspensión. La Conferencia, que se viene reuniendo en la capital suiza desde hace dos años, sigue sujeta a un letargo casi permanente. Aparte de la preparación de algunos textos firmados fuera del marco de la misma, no se puede decir que haya habido progresos serios... Los temas más importantes que están pendientes de aprobación son los referentes a la prohibición de armas químicas —con un alcance mucho mayor al que le dan los tratados vigentes— y la prohibición de toda clase de explosiones nucleares. Según el tratado de Moscú, firmado en 1963, sólo están prohibidas las pruebas atmosféricas y en el fondo de los océanos.

\* \* \*

Después de haber recorrido el largo y amplio camino del desarme en las páginas anteriores.—efectivamente, he aquí una brevísima relación de los temas más importantes analizados en este libro: *Primeras tentativas de desarme nuclear, La Conferencia de Ginebra, El Tratado de no Proliferación, La distensión en Europa, Conferencia Europea de Seguridad, Conferencia del Desarme, El papel de Europa, Preocupaciones de Moscú, etc.*—, la conclusión no puede ser muy optimista. Porque si la distensión es hasta posible, el desarme es imposible. A James R. Schlesinger, Secretario de Defensa de los Estados Unidos, le preguntaba un redactor de *U. S. News and World* en el número del 13 de mayo de 1974, «¿por qué nuestras nuevas relaciones con la URSS no permiten a los Estados Unidos reducir sus gastos militares?» La contestación no admitía dudas: «La idea de que la *detente* nos permite desarmarnos es una ilusión muy difundida. Pero no deja de ser una ilusión». «Es necesario conservar un equilibrio militar mundial como base de la *detente*. La *detente* únicamente descansa sobre un equilibrio de fuerzas».

Tras la detenida lectura y meditación de las páginas de Manuel Piedrahita no cabe exponer o llegar a otra conclusión que a la siguiente: *es irresponsable alentar las esperanzas de la Humanidad para la causa de una meta irrealista e imposible*. Ya lo hemos indicado anteriormente, y no importa volver a repetirlo, «el simple término de desarme es una definición o expresión inadecuada y desorientadora del objetivo fundamental de los Estados Unidos, y describe mejor las metas comunistas que las occidentales. Debería considerarse no como un objetivo directo sino como un resultado factible sólo después de que el mundo haya edificado seguros medios internacionales para imponer la paz». Meritorio, objetivo y excelentemente documentado es el trabajo que nos ofrece este importante periodista español sobre un tema tan rabiosamente polémico, en las alturas internacionales, como lo es el tratado a lo largo de este libro.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA